

**Laicos en la iglesia o cristianos en el mundo**  
*Julián Carrón, Tatjana Kasatkina, Aleksandr Filonenko*  
Centro Cultural Biblioteca del Espíritu  
Moscú, 14 de noviembre de 2010

**Jean-François Thiry:** Buenas noches, bienvenidos al centro cultural Pokrovskje Vorota. Permítanme empezar, aunque no seré yo quien modere este diálogo. El tema de hoy, *Laicos en la iglesia o cristianos en el mundo*, resulta particularmente interesante por ser un tema que todos llevamos en el corazón, pertenezcamos a la Iglesia católica o a la ortodoxa.

Hemos aprovechado que el patriarcado de Moscú ha invitado a Julián Carrón a participar en la conferencia teológica organizada por la Iglesia ortodoxa que se celebrará mañana. Julián Carrón es el responsable del movimiento de Comunión y Liberación, nacido en el seno de la Iglesia católica en Italia en 1954 de la experiencia del sacerdote don Luigi Giussani que, al darse cuenta de que el cristianismo estaba desapareciendo de la vida social, decidió ir a dar clase en un instituto público, para anunciar a todos que Cristo es el centro de la vida de cada persona y que cualquiera puede hacer experiencia de ello. Desde entonces, el movimiento se extendió y hoy está presente en casi todo el mundo.

Me parece que el testimonio de Julián Carrón – por su experiencia como sacerdote y guía de esta comunidad – es particularmente interesante para tratar el tema de hoy.

Para moderar el diálogo con él hemos invitado a dos personas. Tatjana Kasatkina, a la que podría presentar como una gran estudiosa de la Academia de Ciencias, aunque no creo que esto sea lo más interesante que se pueda decir de ella en este lugar. Cuando nos conocimos, inmediatamente nos dimos cuenta de que compartíamos la pasión por un cristianismo que coincide con la vida, y esta es la razón fundamental por la que le hemos pedido participar hoy en este debate.

Nuestro segundo invitado es Aleksandr Filonenko, que llega directamente de Ucrania, de la ciudad de Kharkov. Muchos aquí ya lo conocemos, es profesor universitario de Filosofía y Teología, se ocupa del pensamiento del metropolitano Antonij de Surož y de la “teología del agradecimiento”. Aunque sobre esta cuestión podrán escucharle hablar mañana, pues también él intervendrá en la conferencia del patriarcado.

Les paso a ellos la palabra para que nos guíen en el diálogo con Julián Carrón.

**Tatjana Kasatkina:** Gracias. Quisiera empezar hablando del nombre del movimiento de CL porque, en cierto sentido, el significado del título de nuestro encuentro de hoy – *Laicos en la iglesia o cristianos en el mundo* – coincide con lo que encierran las palabras Comunión y Liberación. En un primer momento, yo propuse un título mucho más provocador: *¡Sálvate, pequeña grey!*, o bien *¡Adelante, ejército de Cristo!* Solo más tarde, optamos por el título que lleva este encuentro.

He tratado de comprender el sentido de ambas palabras – *comunión y liberación* – tomando en consideración todo su campo semántico. El verbo latino *communio* tiene un primer significado extremadamente interesante: «Reforzar, fortificar todo alrededor, rodear con muros, atrincherar». Indica una unión entre los muros exteriores de una fortaleza. Sin embargo, el segundo significado (los verbos latinos tienen una extensión por la que se desarrollan siempre desde un significado hasta el extremo opuesto, hasta su antónimo) – el otro límite del campo semántico del verbo – indica la comunión cristiana. La comunión cristiana es algo que nos deja indefensos, porque es una unión que abarca a todos: cuando

estamos unidos así, recibimos lo que nos llega de los demás y no nos defendemos. Resulta pues que la palabra *comunión* se puede entender de dos formas completamente distintas, en el sentido de construir muros para defendernos de todo lo que está fuera, o justo lo contrario, la apertura total – que es lo que, de hecho, se realiza en la comunión cristiana.

La palabra *liberación* en ruso tiene dos correlativos – *osvoboždenije* y *izbavlenije* – que no tienen el mismo significado.

*Izbavlenije* indica siempre una liberación de algo: de los que nos persiguen, de algún peligro, de una enfermedad, de algo superfluo. Y en este sentido podemos hablar también de una liberación de todo aquello que no nos sirve y que nos molesta porque “nos impide salvarnos”.

El sentido de la palabra *osvoboždenije* es completamente distinto, va unido a lo que acabamos de decir de la comunión cristiana como apertura total. En este sentido, el mayor gesto de liberación lo ha realizado Cristo en la cruz porque con ese gesto nos dice: «Haced conmigo lo que queráis, yo seguiré igualmente con vosotros. Precisamente estoy verdaderamente con vosotros porque me entrego y os dejo hacer conmigo lo que queráis».

Estos son los significados contenidos implícitamente en el nombre del movimiento. Quisiera preguntar cómo lo entienden sus miembros y su responsable actual, ¿qué significado es más actual?, ¿qué acepción de estas palabras se cumple más?

**Julián Carrón:** Buenas noches a todos. Para responder a esta pregunta, para explicar todos los conceptos mencionados por la profesora Kasatkina, necesitaríamos un curso entero. Quisiera hacer un recorrido histórico sobre cómo nació el nombre de Comunión y Liberación en el seno de nuestra experiencia. Nuestro fundador, don Luigi Giussani, cuenta que una vez, viajando en tren, se encontró con unos chavales que desconocían por completo el cristianismo. Entonces pidió permiso a su Obispo para empezar un trabajo educativo con los jóvenes, para comunicarles lo que él había recibido en su familia, en el seminario, en la Iglesia. Todo su propósito lo sintetizaba en una frase: mostrar a los jóvenes y a todos aquellos que le salieran al encuentro la pertinencia de la fe con las exigencias de la vida. Desde el principio, don Giussani invitó a los chavales a comparar la propuesta cristiana con las exigencias de su corazón, de modo que ellos mismos pudieran descubrir la relevancia de la fe cristiana, que no conocían o que habían perdido, para que pudieran adherirse de manera razonable al cristianismo. Así, en poco tiempo, comenzó un grandísimo movimiento que implicó a muchísimas personas en los institutos de Milán. Se llamaba *Gioventù Studentesca*.

En 1968, después de varios años en los que el Obispo había apartado a Giussani de la guía *Gioventù Studentesca*, el movimiento se vio arrasado por la protesta social de esos años: se buscaba la liberación en un proyecto revolucionario, un proyecto ideológico. En esas circunstancias históricas, muchos que pertenecían a *Gioventù Studentesca* se sumaron a aquella mentalidad. Pero los jóvenes que verdaderamente habían captado la propuesta original de don Giussani entraron en las universidades italianas llevando un juicio claro: la verdadera liberación no nace de un proyecto ideológico, la verdadera liberación del mundo nace de la comunión cristiana.

Los que permanecieron fieles a la propuesta que don Giussani les había hecho, desafiaron aquella situación con su experiencia de comunión cristiana, y afrontaron la realidad de entonces y las luchas que planteaba indefensos, pero unidos, en virtud de la unidad que la

comuni3n con Cristo genera. En este sentido, se cumplen los dos significados de la palabra «comuni3n», la de Cristo con cada uno de ellos y, como consecuencia, la que se da entre ellos. Se expusieron p3blicamente, delante de todos, sin defenderse, asentados en su 3nica fortaleza aut3ntica: la comuni3n cristiana. Esta unidad es capaz de reunir a todos, de abrazar a todo y a todos. Es la misma experiencia de Pentecost3s, desde el inicio. El relato de San Lucas al principio de los *Hechos de los Ap3stoles* ofrece la imagen de una unidad universal capaz de abrazar a todas las naciones. Pero para entender todo su alcance tenemos que fijarnos en la historia previa a Pentecost3s: Dios, para liberar al hombre, es decir, para llevar a cumplimiento todas sus exigencias, que 3l no pod3a satisfacer por s3 solo visto el car3cter infinito de estas exigencias, eligi3 a un pueblo en la historia donde pudiera empezar a acontecer la liberaci3n, la plenitud y la integridad que el hombre no era capaz de conseguir por s3 solo. El Misterio se hac3a presente en la unidad del pueblo, que era como una fortaleza; solo los que pertenec3an a ese pueblo pod3an participar de esa novedad: la comuni3n que nac3a de la presencia del Misterio.

Para pertenecer al pueblo de Israel hab3a que ser hebreo; los muros exteriores de la fortaleza coincid3an con una pertenencia 3tnica, una etnia en medio de la historia. Pero el designio de Dios era universal. Mediante el m3todo de la elecci3n de un pueblo, Dios deseaba llegar y abrazar a todos, quer3a que aquella comuni3n alcanzase a todos, que todos los hombres, de cualquier procedencia, pudieran participar de la plenitud que 3l pretend3a llevar a los hombres. Pero para poder alcanzar a todos, hab3a que derribar los muros exteriores. La situaci3n inicial planteaba un l3mite: si la pertenencia a la comuni3n ven3a dictada por la etnia, muchos, por definici3n, no pod3an pertenecer al pueblo.

El designio total de Dios se desvela ante nuestros ojos en un momento preciso, es decir, cuando env3a a Cristo: la promesa que Dios hizo a Abrah3n de generar un pueblo numeroso como las estrellas del cielo, una descendencia en la que pudieran regocijarse todas las naciones de la tierra, es lo que san Pablo ve cumplida en Jesucristo. ¿Por qu3? Porque Cristo es el Verbo encarnado, es Aquel que es capaz de responder a todo el deseo del hombre que Le conoce. El deseo del hombre no tiene l3mites, es infinito. Todos vemos en nuestra experiencia que aunque a menudo nuestros deseos se realizan, seguimos deseando, deseamos m3s, somos incapaces de cumplir totalmente nuestro deseo. Por eso empezamos a dudar de que aquello que deseamos exista. En Cristo, los hombres se encontraron con la sorpresa de que en la relaci3n con 3l encuentra satisfacci3n el deseo verdadero que constituye su vida.

As3 es c3mo en Cristo empieza la verdadera comuni3n. La 3nica comuni3n verdadera, la 3nica que est3 a la altura del coraz3n humano y al alcance de todos los hombres, porque todos han sido creados con este deseo de plenitud. Se trata de una comuni3n que, por su naturaleza, est3 abierta a todos. No est3 determinada por la etnia o la pertenencia a un pueblo en particular, sino por la libertad del hombre para adherirse o no a esa comuni3n, seg3n esa pertenencia en la que se experimenta que el deseo del coraz3n se cumple. No hacen falta muros de defensa, porque Cristo corresponde al deseo del coraz3n. Desde el momento en que nos damos cuenta de que nada corresponde a nuestro deseo de felicidad como Cristo, dejamos de tener la necesidad de un lugar donde atrincherarnos para defendernos de los peligros, porque, en medio de la realidad, seguimos voluntariamente aquello que nos hace experimentar la plenitud. Y experimentamos la liberaci3n de todo aquello que no cumple la vida, porque despierta dentro de nosotros aquello que la satisface, una «libertad para», la libertad para adherirse a lo que la cumple.

San Pablo sintetiza la expresión plena de esta comunión en una frase que queda en la historia de los hombres para indicar la gran revolución que trajo Cristo, porque, como tantas veces nos repetía don Giussani, todas las grandes revoluciones tratan de crear la unidad («Proletarios del mundo, ¡uníos!») y no lo logran; los hombres siempre han soñado con la unidad, pero ninguna revolución ha sido capaz de realizarla. Que en un momento concreto de la historia haya habido alguien que haya dicho: «Ya no hay judío ni griego, ni esclavo ni libre, ni hombre ni mujer, porque todos sois uno (*eis*, en griego) en Cristo Jesús», esta es la liberación, esta es la revolución del mundo.

Alguno podría objetar que esta revolución aún no se ha realizado, introduciendo así la duda sobre la validez de este método. Pero eso no es una objeción, sino una exaltación de la comunión misma, porque ésta es tan verdadera que no necesita ninguna condición. El Misterio no quiere imponer la presencia de Cristo en medio de nosotros, la quiere proponer en toda su capacidad de fascinación, para que cada uno pueda adherirse libremente. Pensar que el Misterio ha asumido este “riesgo” causa escalofríos: ha hecho de todo, lo ha dado todo, hasta a Sí mismo, llegó a morir en la cruz, a dar la vida para generar esta comunión, asumiendo el riesgo de la libertad del hombre. Alguno puede pensar que es una objeción, pero en realidad es la exaltación de esta comunión. Porque ninguna otra comunión es capaz de respetar tan a fondo la dignidad del hombre y de retar profundamente su razón y su libertad.

Por eso, cuando los hombres entran en relación con esta comunión, con esta posibilidad de vida auténtica, plena, que exalta a la persona, nace el deseo de pertenecer, como nos cuentan los *Hechos de los Apóstoles*. La cuestión es tocarla, poderla tocar con la mano, sentir todo el desafío, verla realizada en un lugar. Lo que quería don Giussani era hacer posible esta experiencia hoy, frente a todas las reducciones del cristianismo a discurso o a conjunto de reglas, frente al moralismo al que suele quedar reducido el cristianismo en la época moderna, después de Kant.

Muchas veces, lo que hoy se presenta como cristianismo no es otra cosa que la reducción que de él hizo Kant: un conjunto de instrucciones para el uso, de reglas. Esto sucede porque, si no existe la comunión original, entonces es necesario ponerse de acuerdo, consensuar algo que nos una. Pero esto es una mutación de la naturaleza del cristianismo, de la comunión cristiana. Y cuando el cristianismo se reduce a esto, deja de interesar al hombre. El ateísmo es el punto de llegada de este proceso.

Solo si nos ponemos en medio de la realidad sin muros, al descubierto, sin defendernos ante la belleza de esta comunión, es posible volver a empezar la partida, la verdadera partida entre el corazón del hombre y lo que encuentra en esta comunión. Esta es la belleza de lo que nosotros, a tientas, tratamos de vivir. Y me sorprende cuando gente absolutamente diferente por historia, procedencia y religión se topa con una experiencia así y siente una fascinación que no les deja indiferentes, incluso en los lugares que de primeras podrían ser más hostiles a esta belleza.

**Aleksandr Filonenko:** Gracias. Quisiera decir sobre todo que para mí este encuentro es la ocasión de festejar la presencia del responsable de Comunión y Liberación en Rusia, y también la de tantas personas que han venido estos días para conocerle. Hoy en esta sala hay amigos que vienen desde Vilnius, Minsk, Kiev, Novosibirsk, Aktau, y de muchas ciudades italianas.

Estas personas no han venido a Moscú para recabar información sobre el movimiento, sino por algo que les ha puesto juntos; no han venido para saber más de la existencia de Comunión y Liberación porque lo hayan leído en los periódicos... son personas que del movimiento conocen algo que les ha animado a ponerse en marcha y venir hasta aquí.

Que el responsable del movimiento esté en Moscú no es algo que suceda a menudo. Creo que todos vienen con el deseo de verificar la intuición que han tenido, lo que han entendido del movimiento, lo que éste propone a cada uno, y querría hacer muchas preguntas. Por esta vez haré solo tres: son intuiciones que tienen que ver con lo que yo veo del movimiento, con las razones por las que – para mí, personalmente – el movimiento es importante y que querría verificar.

Empiezo por la primera, que parte de un hecho muy sencillo. Lo cuento brevemente. No es una broma, es una situación real. Una joven madre decide reunirse con sus amigas, a las que no veía desde hacía años. Hacía tanto que no se veían que al verse se impone inmediatamente una novedad: todas tienen hijos y se pasan la tarde hablando del futuro de éstos. Nos lo podemos imaginar: «Mi hija va a la escuela de música y se le da bien, probablemente será una pianista estupenda», «Mi hijo dibuja tan bien que pronto tendremos en casa un gran artista», y así sigue la conversación. Mi amiga se siente perdida: tiene un niño de siete años y de pronto se da cuenta de que nunca le ha preguntado qué le gustaría ser de mayor.

Al volver a casa, se lo pregunta: «¿Tú qué quieres ser de mayor?». El niño responde: «Espera que lo pienso». ¡Esta respuesta le encanta! Y él se lo piensa realmente – no es que quisiera quitarse de encima la pregunta – y al cabo de un rato le dice: «¿Sabes? Lo he estado pensando y ya lo sé. ¡Me gustaría llevar un tractor!». Ella le dice: «¡Estupendo! Pero, ¿por qué?». Y él: «Porque entonces podría trabajar la tierra y saber así cómo está hecho el universo». Es un razonamiento un tanto rudo, pero absolutamente sincero e infantil, y nos demuestra que para un niño la curiosidad verdadera, profunda, sobre el orden del universo no se contradice para nada con el hecho de conducir un tractor, al contrario, las dos cosas están muy relacionadas.

Cuando conocí el movimiento, en cierto modo entendí que para mí suponía volver a este tipo de lógica infantil, porque evidentemente las personas creen hacerse adultas cuando empiezan a pensar que conducir un tractor es algo totalmente ajeno a la vibración del corazón que se pregunta por el orden del universo. Y siguiendo en esta misma dirección, entendemos que si queremos saber cómo está hecho el universo, o más concretamente, entender por qué nuestro corazón vibra cuando comprende cómo está hecho, ¡necesitamos nuestro motor! No hay otra forma. Si queremos saber quién ha hecho el universo, el tractor es absolutamente indispensable.

Para mí, el movimiento tiene que ver con esto: ¿qué hacemos con nuestro tractor? A fin de cuentas, ¿de qué se trata? ¿Qué es este motor? Es el retorno a esta lógica infantil en la relación con el Misterio, volver a ser niños delante del misterio del mundo. En esencia, mi pregunta es sencilla: ¿qué propone el movimiento respecto a este tractor?

**Julián Carrón:** Gracias, porque me reconozco mucho en esta parábola. Al encontrar el movimiento, le dije a don Giussani: «Siempre te estaré agradecido, porque desde que conocí el movimiento he podido hacer un camino humano». Es decir, la vida para mí se ha convertido en una aventura que tiene que ver con el vivir, con la curiosidad de la que

hablas, una vida en la que trabajo y curiosidad van juntos. Pero, ¿qué es lo que determinó esta manera nueva de vivir la vida con un atractivo así? El hecho de que don Giussani me hiciera consciente del «tractor» que yo tenía. ¿Qué motor me permitía conocerlo todo? Giussani me dio a conocer el criterio que podía utilizar para abrazar y juzgar cualquier cosa que me sucediera en la vida. Yo había estudiado Teología en el seminario y había aprendido lo que dice del hombre la antropología cristiana, que podemos resumir en la frase de san Agustín: «Nos hiciste para ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti». El yo de cada uno de nosotros está constituido por este corazón inquieto, por esta desproporción estructural, por este deseo de infinito con el que somos arrojados al mundo, con que el Misterio nos lanza al mundo.

Bien mirado, la genialidad de don Giussani está en el hecho de haber obedecido a la modalidad con la que el Misterio ha hecho las cosas. Y, ¿cómo ha hecho el Misterio las cosas? Nos ha puesto en la realidad dotándonos de un instrumento humano: el corazón. Nos ha lanzado al mundo diciendo: «Ahora compáralo todo con este corazón, y descubrirás para qué estás hecho». Fue así como mi vida se convirtió en una aventura, porque se trataba de descubrir lo que correspondía a esa exigencia infinita de felicidad que me encontré dentro. Y así todo se hizo interesante, cualquier cosa era ocasión para verificar si eso correspondía a mi deseo infinito o si era otra cosa la que colmaba mi corazón; todo pasaba a formar parte de una historia, de una aventura en la que cada vez estaba más cerca de reconocer lo que correspondía a las exigencias de mi corazón. El trabajo que tenía que hacer y la aventura del vivir coincidían. La genialidad del método de Giussani consistía en usar como criterio de juicio la forma misma con la que el Misterio nos ha creado. Hablo de genialidad porque los genios caen en la cuenta de las cosas más sencillas, como sucede en el episodio de Newton: miles de millones de personas habían visto caer una manzana, pero solo el genio de Newton supo extraer de aquel dato un descubrimiento decisivo. Todos sabemos que tenemos esta exigencia de totalidad, la reconocemos, pero antes de encontrar a don Giussani no entendí conscientemente que este era el instrumento que tenía para lanzarme a la aventura más fascinante de todas, vivir. Desde entonces, ya no importa si me equivoco o no, si hago lo justo o no. La cuestión es otra: juzgar. Porque incluso cuando me equivoco puedo descubrir que eso no me correspondía, hasta el error es un paso hacia lo verdadero, y todo se hace útil para avanzar en la verdad. He visto, por ejemplo, cómo ha cambiado mi trabajo.

Cuando empecé a dar clase en el instituto ya había hecho el doctorado en Teología, tenía por tanto todas las armas necesarias para conquistar a aquellos chavales. Pero a pesar de todos mis conocimientos, no conseguí mover ni un milímetro su actitud hacia lo que les explicaba de Cristo y de la Iglesia. Cuando encontré el movimiento, entendí que tenía un criterio con el que desafiar a los alumnos que tenía delante, empezó la fiesta: ¡iba a clase para desafiarlos a todos! Y les podía desafiar diciendo: «No, eso que dices no es verdad», y les podía ponerles ejemplos de por qué no era verdad. O podía decirles: «Esto sí es verdad», y ponerles ejemplos de por qué era verdad. Iba a trabajar lleno de curiosidad por ver qué sucedería ese día, y eso era verdaderamente liberador: antes, muchas veces habría pagado para no tener que ir a dar clase, por estar bajo de moral, por estar cansado, por estar triste, pero tenía que ir de todas formas porque era mi trabajo. Sin embargo, delante de este desafío, daba clase y sucedían cosas por las que volvía a mi habitación conmovido, al borde de las lágrimas.

Al Señor no le importaba nada mi estado de ánimo. Él me mostraba lo que era capaz de hacer incluso con un instrumento triste como yo, inútil como yo, pero que desafiaba a las personas que encontraba. Y así, lo que sucedía con los chicos en clase se hacía interesante también para mí, a pesar de mi estado de ánimo, hasta el punto de salir de clase conmovido. Yo también podía comparar lo que me estaba sucediendo con lo que vivían mis colegas: yo cada vez estaba más entusiasmado, más contento por dar clase, mientras ellos huían. Y ese habría sido mi destino si no hubiera encontrado el movimiento (no lo digo como una reprobación hacia ellos, sino por una gratitud hacia lo que yo he encontrado). Porque en mi escuela, un colegio católico (el antiguo seminario menor donde yo estudié de pequeño), había dos tipos de sacerdotes: los profesores de matemáticas, filosofía, literatura, que no querían ni oír hablar de dar clase de religión, porque se sentían derrotados antes de empezar y no querían ni plantárselo; y los profesores de religión, los cuales – ¡todos! – después de un año o dos se querían marchar a una parroquia. Y como había que encontrar alguna razón «teológica» para justificar su huida, se inventaban una razón pastoral, pero en el fondo era la confesión de una derrota: se iban porque no se sostenían ante la relación con los chicos. Era una señal de la dificultad que tenían para comunicar el cristianismo, para mantener unidos trabajo y curiosidad.

Cuando el Obispo me envió a dar clase de religión al instituto, pensé por un momento que, teniendo en cuenta lo que yo había estudiado – la exégesis bíblica –, me estaba haciendo perder el tiempo. Habría preferido que me dejara continuar con mi investigación. Pero luego me di cuenta de que me equivocaba, y me dije: «El Señor te ha puesto aquí para que puedas verificar el contenido de la fe, ¡tu fe!». Aquella circunstancia era para mí la posibilidad de comprobar lo que había encontrado en la experiencia del movimiento, en mí y en los alumnos que iban a aquel colegio como a cualquier otro, sin ningún interés religioso. Lo bonito es que eran los chavales más inteligentes, los más interesados por las materias que estudiaban, los que se sentían más desafiados por un planteamiento del cristianismo y de la religión como propuesta a las exigencias del corazón.

La manera en que presentamos el cristianismo, elegimos de hecho a los destinatarios de nuestro anuncio. Si el cristianismo es solo una piedad o un moralismo, interesará solo a aquellos que no tienen nada que hacer en la vida y están cansados y aburridos. Si, por el contrario, el cristianismo es un acontecimiento capaz de fascinarnos, los más interesados serán los más vivos, los que tengan más curiosidad por todo, por las asignaturas más importantes, desde las Matemáticas a la Literatura. De hecho, los chavales que empezaron a interesarse por el cristianismo eran los más inteligentes, los más apasionados. En el diálogo que tuve hace poco con la profesora Kasatkina, ella hacía referencia al sermón de la montaña de Jesús. Yo siempre había pensado que nuestro modo de interpretar las bienaventuranzas va unido a quiénes pensamos que son los destinatarios del cristianismo. A menudo, las bienaventuranzas se presentan como un nuevo decálogo, los nuevos diez mandamientos, la nueva Alianza para los cristianos, como las condiciones para poder participar en el cristianismo: puede participar quien cumple estos nuevos requisitos que son las bienaventuranzas. Pero de esta manera el cristianismo queda reducido a moralismo, a ética. Ante los hechos, esta interpretación no se sostiene.

En realidad, con el sermón de la montaña, Jesús está diciendo a los hombres que le siguen lo más bonito de todo: los que le aceptan son bienaventurados, son felices. ¿Y quiénes son los bienaventurados y felices a los que se refiere? ¿Quiénes le aceptaron? Los publicanos, los

pecadores, los que tenían una herida abierta. Y Él les dice: «Vosotros, vosotros sois felices, sois bienaventurados, porque si tenéis esta apertura estaréis disponibles para acogerme, porque yo soy el único capaz de cumplir vuestro deseo». Quiero decir que los destinatarios no son los “buenos”, los sanos, que no tienen necesidad de médico, sino aquellos que tienen necesidad, los mendigos de una plenitud que solo Él, Cristo, puede dar. Por eso, los destinatarios son todos los hombres, tendencialmente todos. No solo aquellos que cumplen ciertos requisitos “morales”, sino todos, todos los Zaqueo, todas las María Magdalena, todas las Samaritanas, todos los ciegos, cojos, en definitiva, todos aquellos que tienen necesidad de algo que les llene. Y cuando uno se encuentra con Cristo, empieza lo mejor. Porque, para responder a la pregunta de Aleksandr, lo bueno todavía está por llegar, desde el momento en que, como dice Romano Guardini, el gran profesor alemán que don Giussani siempre citaba: «En la experiencia de un gran amor, todo se convierte en acontecimiento dentro de su ámbito». Para uno que está enamorado, todo se hace interesante, desde la puesta de sol (ya no puede mirar la puesta de sol sin acordarse de su amada) a una buena noticia, un encuentro, cualquier cosa que le suceda. Todo se hace interesante.

Para uno que se ha encontrado con Cristo, todo se vuelve apasionante, todo se convierte en signo de Él. Y entonces toda la realidad se convierte en objeto de curiosidad. Uno va al trabajo con la curiosidad de ver cómo el Misterio le sorprenderá, le hará saltar de alegría, incluso ante una dificultad o lo que le cuesta. Cuando nuestro yo es despertado, todo nos impresiona más, todo se vuelve interesante.

Este es todo el recorrido que hace don Giussani en el libro *El sentido religioso*: la aventura del conocimiento de la realidad, lo único que nos permite encontrar más interesantes todas las cosas de la realidad.

Dice don Giussani: «Hemos escrito nosotros *El sentido religioso*», lo que quiere decir que solo un hombre alcanzado por Cristo puede empezar a relacionarse con la realidad con esta curiosidad. Antes Aleksandr hablaba del universo. Don Giussani nos ha enseñado a mirar la realidad como si nosotros abriéramos los ojos por primera vez – como si saliésemos ahora del seno de nuestra madre, pero a nuestra edad, con la conciencia adulta que tenemos – y nos encontráramos delante de una montaña espectacular, el Mont Blanc o el Everest: estaríamos totalmente dominados por el estupor, por la maravilla.

Aún recuerdo el día que llevé a mis alumnos a visitar el Planetario, con todas las estrellas. Al volver a la escuela, tenía clase precisamente con ese grupo, y para empezar les pregunté: «¿Qué os ha sucedido al ver el cielo estrellado?». ¡Llenaron la pizarra de preguntas! El trabajo se había convertido en curiosidad.

Seguir esta curiosidad es un trabajo. Don Giussani nos ha testimoniado que seguir esta curiosidad nos conviene, porque nos introduce cada vez más en el significado de la realidad. Y desde entonces la aventura continúa.

**Tatjana Kasatkina:** Le agradezco mucho lo que acaba de decir porque en sus palabras he podido reconocer algo muy importante para mí, que entre otras cosas soy también profesora. Si mezclamos algunas de las cosas que ha dicho en varios momentos y las traducimos con cierta libertad, tenemos la descripción de una vía de salida para cualquier tipo de fracaso laboral. Cuando vas a dar clase triste, infeliz, desganado, y piensas: «Señor, quiero ver cómo te las apañas para sacarme de esta situación que he causado yo por mi falta de preparación, por mi inseguridad...», resulta que si nosotros en esta comunidad, en esta



unidad, incluimos a Dios, si Le permitimos estar con nosotros, sin reducir la cosa a una relación entre dos – los alumnos y yo, por ejemplo – incluso todas mis faltas y defectos se convertirán en un instrumento del Señor. Entonces podemos actuar en el mundo de un modo distinto. Podemos movernos realmente, no solo caminar por el camino establecido por las reglas, sino usar ese instrumento único que nos ha sido dado, el corazón, para hacer de nuestra vida una aventura perenne.

Pero llegados a este punto, quisiera repetir la pregunta que en parte ya ha sido abordada al hablar del sermón de la montaña. Ha explicado con mucha claridad que a menudo no vivimos el cristianismo, sino el kantismo. Y a pesar de que Kant dice que lo que nos mueve es una ley interior, para él esa ley es sustancialmente exterior, mientras que en el cristianismo es interior. Y si nosotros ahora nos dejamos gobernar por esas leyes exteriores, la presencia del cristianismo en el mundo muere, y toda la frescura y belleza del cristianismo desaparece. Pero esto solo significa que somos nosotros los que ya no sabemos qué es realmente el cristianismo. Porque en el cristianismo solo hay una ley, la más asombrosa: ama y haz lo que quieras. Un mal cristiano – cito a san Pablo, quizá de nuevo con cierta libertad, pero con una traducción que me parece mejor que la que nos proponen normalmente – un mal cristiano es aquel que dice: «¡El bien que quiero no lo hago! Hago lo que no quiero». Por su parte, un buen cristiano es el que llega hasta el fondo del desafío que le lanza su corazón. Un buen cristiano es aquel que, en el fondo, hace aquello que quiere. Y eso – estaréis de acuerdo conmigo – no es exactamente lo que solemos pensar cuando hablamos de cristianismo, porque pesa mucho sobre nosotros la idea de un conjunto de reglas que se impone. Se imponen y por tanto también se pueden tergiversar, es un imperativo categórico que, por su naturaleza, no se puede verificar. Significa que hacemos un camino que no podemos verificar y que al final podría resultar equivocado. Sin embargo, se nos ha dado un instrumento de verificación absolutamente seguro. Entonces, pregunto, ¿cómo podemos transformar nuestra vida cristiana de tal modo que usemos siempre este instrumento?

**Julián Carrón:** Agradezco esta pregunta, porque esta es otra de las grandes contribuciones que don Giussani nos ha dado. Frente a la situación que ha descrito, debemos volver a darnos cuenta de cuál es la verdadera naturaleza del cristianismo. Porque hemos admitido y aceptado un cristianismo reducido a conjunto de reglas, y pensamos que la naturaleza del cristianismo es esa. Muchos cristianos piensan así. Y es muy significativo, porque es algo que va en contra de las Escrituras. Pero es como si la mentalidad que nos circunda, en la que vivimos, la reducción kantiana que nos invade por todas partes, fuese más decisiva que toda la tradición que conservan los Evangelios. Cuando enseñaba Sagrada Escritura, para hacer entender a mis estudiantes cuál es el cambio que ha traído Cristo, ponía este ejemplo: pensad en la noche de Navidad, en la que celebramos el nacimiento de Jesús. Lo que los Evangelios nos cuentan es un hecho: el nacimiento de un niño. Pero si escuchamos ciertas homilías, el hecho del nacimiento del niño ocupa un minuto, y todo el resto del tiempo se habla de solidaridad, de pobreza o de reglas que debemos respetar. Es como si las reglas prevalecieran sobre el hecho. Como les decía siempre en clase de Sagrada Escritura, como la Biblia no se queja, no opone resistencia a nuestras interpretaciones, nosotros podemos seguir tan tranquilos, porque nadie protesta contra la reducción del cristianismo a ética que suele tener lugar la noche de Navidad.

Por eso don Giussani comenzó una lucha con todos nosotros, inmersos en esta mentalidad, y nos hizo leer el Evangelio desde la sencillez con que están narrados los hechos. Lo que los Evangelios cuentan es el encuentro con un hombre. Te desarma hasta el punto de que parece banal decir que Juan y Andrés, los primeros de los que habla el Evangelio de Juan, encontraron a un hombre y quedaron fascinados por él. Quedaron tan impresionados que pasaron la tarde con él, y lo más asombroso es que volvieron a verlo al día siguiente, y esto no es en absoluto normal, como muchas veces pensamos, dándolo por descontado. Basta pensar cuántas veces hemos conocido a una persona y hemos sentido el deseo de volverla a ver al día siguiente, y nos daremos cuenta de que no es en absoluto normal. Podemos contar con los dedos de la mano cuántas veces nos ha sucedido algo así. Sin embargo, el cristianismo empezó de esta manera. Comentando este episodio, don Giussani dice: «Todos nosotros nos hemos movido por aquellos dos». No porque ellos fueran más valientes, más coherentes, más «kantianos», más capaces de respetar las leyes, sino porque quedaron fascinados por una presencia, hasta tal punto que el Evangelio hace referencia a su estupor: «No hemos visto nunca nada igual». Es como si hubiéramos olvidado el origen del cristianismo tal como sucedió y ahora habláramos del cristianismo como si fuera algo distinto de los comienzos. No es que en ese origen no esté ya presente todo lo demás, el sermón de la montaña y todos los preceptos; pero todo nace de ese acontecimiento. Todas las reglas brotan de este hecho. Pongo un ejemplo muy sencillo: nadie se casa por obediencia a una serie de reglas – limpiar la casa, poner orden, quitar el polvo –; uno solo se casa por la fascinación de alguien sin el cual no puede vivir.

**Tatjana Kasatkina:** No siempre es así.

**Julián Carrón:** Cuando no es así, es irracional. Dentro de este amor, precisamente porque uno ama al otro, hace bien la comida y limpia la casa, pero lo hace dentro de ese acontecimiento. Forma parte del mismo acontecimiento el amar al otro y el cuidar todos los detalles.

Del mismo modo, cuando se pierde el acontecimiento como origen, el cristianismo queda solo como un elenco de reglas que lo hacen desagradable. Pero esto sería nada. La cuestión es que eso no es el cristianismo, que estamos hablando de otra cosa, ¿no es lo que encontraron Juan y Andrés el primer día que quedaron fascinados por Él!

Para salir del kantismo al que ha sido reducido el cristianismo moderno, no basta con reconocer esto, hay que encontrar algo, es necesario que vuelva a suceder en el presente ese mismo encuentro fascinante. Usando las palabras del gran poeta francés Péguy: «Jesús no se enfadó con el mundo por su maldad, cortó por lo sano: hizo el cristianismo». Lo que nos toca a los cristianos no es quejarnos de los que no creen o incumplen las reglas. No puede ser esto lo que despierte en ellos el interés por el cristianismo. Lo que nos toca es vivir el cristianismo, poner en medio de la realidad un modo de vivir tan fascinante que los demás puedan decir: «Nunca hemos visto nada igual». Porque cuando sucede, este modo de vivir se convierte en el mayor desafío para cualquier hombre, en cualquier situación cultural o religiosa. Lo vemos ahora: estamos aquí juntos, católicos y ortodoxos. Hace dos semanas tuvimos un encuentro con algunos amigos egipcios de religión musulmana, que después de conocer nuestra experiencia quisieron hacer un gesto propio, que naciera de su fascinación, del despertar de su yo ante una humanidad distinta. Porque el cristianismo se hace presente

hoy en una humanidad distinta, no en un conjunto de reglas. Es esto lo que lo que hace interesante.

San Pablo habla de «una criatura nueva». Siempre me sorprende pensar en la novedad que debió experimentar en su vida por el encuentro con Cristo para que hable de una nueva creación. La única palabra que se le ocurre a san Pablo es “creación”. Es sencillo: solo hay que ser cristiano, no creer en la reducción del cristianismo a moralismo que tantas veces se extiende entre nosotros.

**Aleksandr Filonenko:** Jean-François me pide que terminemos, cosa que normalmente no sé hacer, pero siempre se puede aprender, así que lo intentaré, aunque me quede sin hacer las otras preguntas que había preparado.

Pero no puedo dejar de contarles una cosa. Una vez, no hace mucho tiempo, estaba hablando con un profesor del movimiento y discutíamos sobre quién es el cristiano. Él me dijo: «En el fondo, es sencillo, el cristiano solo se distingue de los demás hombres por cómo se despierta por la mañana. Todos nos despertamos más o menos igual: abrimos los ojos y empezamos a planificar la jornada. Los cristianos también planifican la jornada, en este punto no son distintos, pero ellos, antes de planificar, piden». A fin de cuentas, el problema del cristianismo es este, si pedimos o no antes de empezar nuestro proyecto. Luego, ciertamente, se abre una gran pregunta sobre *aquello* que pedimos. Todo está relacionado con lo que hemos oído esta noche.

Si bien por hoy debemos concluir, me gustaría pedir a nuestro invitado que venga a Rusia al menos de vez en cuando, para que nuestro diálogo no quede interrumpido.

**Tatjana Kasatkina:** Quisiera añadir dos palabras, un pequeño *post scriptum*, sobre por qué se casa la gente. Antes no supe contenerme ante las palabras de Julián, cuando dijo que no lo hacen para limpiar, ordenar la casa, cocinar, etc. Pero en el momento en que se casan, el matrimonio es la prioridad de la vida, a menudo sucede así: empezamos a soñar ardientemente, imaginamos cómo cocinaremos y mantendremos limpia y ordenada la casa; pensamos que lo haremos bien *por otro* y eso se convertirá en la imagen de nuestra felicidad futura. Quién es, en el fondo, ese otro no es tan importante. Nos basta con encontrar a alguien y ponerlo allí para perseguir y realizar nuestro proyecto de felicidad. Claramente, es la muerte de cualquier matrimonio auténtico.

A veces hacemos lo mismo con el cristianismo: empezamos a fantasear y a vivir de nuestras imágenes sobre el modo en que debería ser la iglesia, sobre los preceptos que hay que respetar, sobre las tradiciones que conservar. ¡Es casi lo mismo que casarse para tener la casa limpia! Mientras que lo que decía Julián es la única forma de ser cristianos: hay que enamorarse. Me gustaría desear a todos este enamoramiento que no pasa nunca y que es el único que pone en orden todas las cosas.